

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley

ALMA ADENTRO

a mi querido amigo,
Nicolás Jiménez,
para que lea con el corazón este libro
nacido del corazón

Armedis Espinoza Pólit, H.
4 de diciembre de 1938

860-7(824) Espinosa
677m
g. 2.

ALMA ADENTRO

AURELIO ESPINOSA POLIT, S. I.



BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCIÓN GENERAL	
NO. 7137	AÑO 1991
PRECIO	DONACION

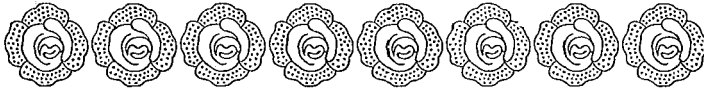
0002421 - J.

EDITORIAL ECUATORIANA
PLAZA DE SAN FRANCISCO, 41
QUITO
1988

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

IMPRESO EN EL ECUADOR

*A la santa memoria de mi padre
que con veinte años de oraciones
obtuvo de Dios la vocación religiosa
para todos sus hijos*



AL LECTOR

Dos cauces tiene para derramar su caudal de inexhausta riqueza y variedad la poesía lírica: ancho el uno, abierto y sonoro, recatado el otro en intimidad y silencio. Una lírica hay que supone esencialmente oyentes y canta para ellos; y otra, que es respuesta directa a una exigencia callada del corazón, y despide para el propio alivio y contento las notas del canto, sin preocuparse de que haya quien lo escuche.

Cómo pueda llegar esta lírica de índole privativa a tener interés para otros que el que la compone, siglos hace que lo explicó el viejo poeta latino: «Hombre soy—decía—y nada de cuanto sea humano es indiferente para mí». La identidad de naturaleza en todos los hombres hace que, en gran parte al menos, lo más íntimo de cada uno sea también lo más común a todos. Así es como la poesía que menos busca al público halla no pocas veces quien se pare a escucharla simpatizante y conmovido.

Mas si conmueve a otros corazones, es que ella misma ha nacido del corazón. Toda poesía, la lírica sobre todo, es obra de amor. El empeño intelectual, el lozanear de la fantasía, la nativa elocuencia, la destreza técnica podrán tejer

el ropaje externo del verso; pero evocar el espíritu vivificante, hacer que el verso sea poesía, sólo el amor.

Y porque en corazones humanos y terrenos la única llama que de propio impulso brote es la del amor natural, por eso casi todo el raudal de lirismo que ha fluído en el mundo ha sido terreno y humano.

Y sin embargo, elevado por la gracia al orden divino, es capaz nuestro corazón de palpitaciones divinas, y al calor de ellas debe poder brotar un lirismo divino.

No hablo aquí de la lírica religiosa compuesta para el público y en vista de él, la de las odas sagradas, cánticos e himnos, (literatura que, pudiendo ser sublime, muchas veces no es sino conceptuosa o declamatoria, alta teología, pero sin sentimiento); ni menos hablo del pseudomisticismo, irreverente profanación o cuando menos inconsciencia lamentable, para el que las ternuras divinas no pasan de motivo literario elegante o de desahogos ilusos de una sensibilidad valetudinaria;—hablo de un lirismo personal y sincero, que cante para sí la experiencia propia del amor de Dios, conquistado con todos los sacrificios de la abnegación evangélica, de un lirismo que traduzca el amor divino, convertido en el todo de la vida y capaz de causar en quien lo vive —aunque de un modo incomparablemente más puro— la misma embriagadora dulzura que, en el cantor profano, la fascinación de sus humanos amores.

De hecho no se ha manifestado este lirismo religioso íntimo con la frecuencia que se pudiera esperar,—o porque el sobrenatural ardor gusta de concentrarse interiormente

sín prorrumpir en música que por fuera se perciba; o porque al querer exteriorizarse falta la potencia de expresión; o porque, después de producido el canto, se recata el cantor de oídos ajenos desconocedores del secreto que lo inspiró.

Si se me pregunta qué pretendo con entregar al público versos de tan exclusiva intimidad, mi respuesta ingenua y sencilla es que los compuse porque me lo pedía el corazón, y que ahora los publico como un acto de fe y un acto de amor a Jesucristo.

El sacerdote, el religioso para quien «la vida es, como para el Apóstol, Cristo», no tiene fuera de este amor fundamental ningún otro amor capaz por sí de cautivar su corazón. Con cuanto goza o padece, con sus actividades todas, y, si hay en él alguna vena de canto, con toda la poesía que le brote del alma, no tiene más anhelo que el de amar y glorificar a Jesucristo.

Y ¿no será gloria de Jesucristo que sepan quienes jamás lo supieron que su amor divino puede llenar una vida y hacer palpitar el pecho con igual o mayor ternura que cualquier amor profano?

El que otros que esto mismo han experimentado hayan preferido guardar para sí su secreto, lo comprendo muy bien: es uno de los impulsos del Espíritu. Con todo, el texto sagrado que esto dice añade que otro impulso del mismo Espíritu es el que hace sacar a luz las grandezas y las hazañas de Dios.

Entre estas divinas hazañas, ninguna quizá tan impresionante como el imperio que logra sobre el corazón de la

criatura, hasta el punto de llenarlo todo e imponerse como único objeto, lo mismo de sus alegrías que de sus penas.

Y en efecto, para quien vive de Jesucristo, no hay más alegrías plenarias que las de su presencia y secretas comunicaciones, como tampoco hay más congojas que las de sus ausencias y rigores, rigores por otra parte necesarios para la indispensable purificación antes de la intimidad de la criatura con Dios.

La agudeza de estas penas purificadoras y los ayes que arrancan al alma no pueden ser motivo de extrañeza o de escándalo sino para quienes no comprendan la absorción total del divino amor. Y la verdad es que, pasada la prueba ineludible, en que se acendra de toda humana escoria, logra este amor una floración estupenda de felicidad y de paz, de aquella paz que ofrece Cristo a los suyos, don divino que el mundo ni disfruta ni puede dar.

Si, pues, tantos hijos del siglo han publicado y celebrado sus tormentosas amarguras y el vacío desolador en que se consume su vida descentrada, ¿no será lícito a quien halló en Jesucristo el centro vivificante de la suya cantar la plenitud de que goza con este hallazgo divino?

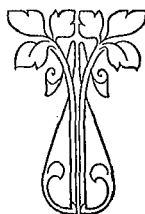
Serán muchos los que no quieran o no puedan entender; con todo no faltarán quienes perciban en estas rimas humildes pero sinceras la expresión ingenua de afectos que también han vivido y también estiman como el más preciado tesoro de su experiencia espiritual.

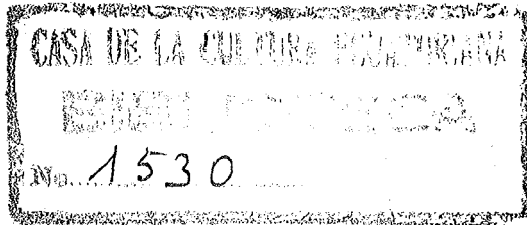
En las páginas de ALMA ADENTRO hay versos de muy distintas épocas, unos que datan de más de veinte años,

otros más recientes, otros de ayer, corta selección de muchos, y limitados deliberadamente todos a las inspiraciones del trato personal con Dios, con total prescindencia del mundo externo, aun del de la expansión apostólica.

Su pretensión única es la de la sinceridad entera, que no ha dejado pasar sino la nota directa del corazón, con su propio ritmo primigenio, conforme casi siempre con la métrica tradicional, alguna rara vez independizado de ella por conservar la verdad del primer brote espontáneo.

Este afán constante de sinceridad, y no ningún rebuscamiento afectado, explica también la casi completa desnudez de la dicción. Cuando el mundo exterior es nada y el coloquio interior lo es todo, no halla la fantasía en qué emplear sus seducciones distractivas, y el corazón que habla, lo hace, consciente de hacerlo para sí solo, con la más absoluta sencillez.





AL CLAROR DEL ALBA



PRELUDIO

Los negros flancos de la peña rota
al interior destilan gota a gota
 el agua, que latente
callada se acumula, y por fin brota
 en límpida vertiente.

Y de mi duro corazón partido
 gota a gota ha surtido
la salobre vertiente de mi llanto,
que luego con melódico gemido
 fluye trocada en canto.

Y canto es asimismo la dulzura
 del hilo de agua pura
que en torno riega la sedienta grama,
cuando la íntima paz que me satura
 del pecho se derrama.

Así alternando el himno y la elegía,
 ya lllore, ya sonría,
sólo te canto a Ti, mi único Dueño,
 en quien puse mi ensueño
desde que supo amar el alma mía.

PROTESTA

¿Sólo el amor humano temblará de ternura?
¿sólo él sabrá inspirar
la enajenada estrofa que traduce inconsciente
la ilusión ideal?

¿Será el amor el grito del corazón de carne,
sincero sólo en él?
y ese salto a la altura, y ese divino vértigo
¿no es del alma también?

Tanto puede el hechizo de lo que sólo es sombra,
¡Dios vivo!, de tu luz...,
y para henchirme el alma de dulzura infinita
¿no bastarías Tú?

¡EN MARCHA!

¡Viaje divino del alma hacia Dios! La meta, Jesús; y
Jesús, el guía;
y el camino asimismo Jesús, que un día le dijo: ¡Ven, Yo
soy la vía!

Jornada difícil, viaje doloroso, ascensión abrumante a una
cumbre;
esperanza inquieta que escruta las cimas, sin que el térmi-
no ansiado columbre...

Pero viaje emprendido en radiante visión inicial:
¡y ésa fuiste Tú, mi Sol matutino, Belleza esencial!

Y allí en la retina del alma perdura, sonrisa de cielo, lenta,
obsesionante,
y es como aguijón, que en ella clavado de continuo le grita:
¡adelante!

Y es esa visión visión amorosa, que al alma la ciega a to-
da otra luz;
¡y ese amor es el tuyo, tu amor perdurable, tu amor absor-
bente, oh Jesús!

EL PACTO

Lo quieres todo: es esto lo primero,
y no cabe contigo otro acomodo.

Lo quieres todo,
en además sincero;
y al alma que te busca enamorada,
porque no entre engañada,
la previenes austero:
¡Todo o nada!

Lo quieres todo; y si ella dice: «Quiero
íntegra hacerte mi oblación sagrada»,
de tu cerco divino abres la entrada.

Y ella al toque hechicero
de la mano divina que la eleva,
queda sin saber cómo transformada,
mientras por senda nueva
empieza a andar a do tu amor la lleva.

Lo quieres todo; y esto a cada instante
dé la dulce jornada
es tu aviso interior, divino Amante,
tu empeño ineludible: ¡Todo o nada!
Y es esto lo primero y lo postrero,
para el alma a la vez martirio y gloria,
y línea divisoria
entre el falso vivir y el verdadero.

Lo quieres todo. Y cómo de otra suerte

pudiera el alma convivir tu vida,
cuando entraña en su ser germen de muerte?
Justo es que desprendida
de cuanto la divida,
todo lo dé, Señor, por poseerte.
¿Cómo si no al Excelso unirse el lodo,
la criatura al Criador, la nada al Todo?

LA VOZ QUE LLAMA

¡Fué mi alma tu conquista!
—hazaña inexplicable de tu amor—
¿cómo Te abriste paso? ni yo mismo
puedo recordar hoy.

Con táctica divina
consumaste en silencio la invasión,
y antes de que ni yo supiera cómo,
ya era tuyo, mi Dios.

Mas no entrabas del todo;
querías que sellase la oblación,
que al amor que llamaba respondiese
con espontáneo amor.

Y Te oía, cautivo
del insinuante hechizo de tu voz,
aunque sentía la exigencia rígida
de un amor de exclusión:

«Si has de venir conmigo,
el todo de tu vida he de ser Yo...»
—y, callado, soñaba yo en mi dicha,
aurora en arrebol...

Urgías amoroso:
«Ven, hijo mío, que de paso voy...
mira cuánto pagué lo que te pido,
ídame tu corazón!

—Y el corazón lloraba
del hogar al recuerdo seductor...
mas al fin a tus pies caí rendido
con divina ilusión;

y el viviente holocausto
consumé en aquel día por tu amor,
y llorando Te dije: «Voy ahora,
ya todo tuyo soy...»

EL ADIÓS

Cuando dejé partida en dos pedazos
en el paterno umbral
mi juventud, Señor, y entre tus brazos,
con ansias vivas de abreviar los plazos,
busqué mi alto ideal,

iba sangrando el corte de la herida
que por llegar a Ti,
en cruel congojosa despedida,
—por Ti, mi único amor, por Ti, mi vida—
en el pecho me abrí.

Mas tu primer encuentro fué dulzura
de increíble fruición,
anestesia divina que perdura
cuando ya del adiós y su amargura
se olvidó el corazón.

Y aunque tornase a recordarlo un día,
ya no hay volver atrás:
a todo amor el tuyo desafia;
pude dejar mis padres... ¡no podría
dejarte a Ti jamás!

AÑOS DESPUÉS

(en el aniversario)

Y con todo...

 hoy me vino un recuerdo agobiante que el
 alma me aprieta;
me volvió mi pasado de golpe, visión repentina, cegadora,
 inquieta;

volví a revivir el desgarramiento del adiós postrero,
y, pensando en mis padres, del pecho me brota una angus-
 tia que contarte quiero:

¡Dios mío, Dios mío! ¡recuerda que todo lo dejé por Ti!
Bueno está que pruebe —que alguna vez pruebe— qué fué
 lo que entonces por siempre Te di,

y que en esta prueba retoñe de pronto la espina embotada
 del viejo dolor,
y fibras calladas sacuda y remuerda secreto escozor...

Bueno está que sienta por dentro la herida, y que a pesar
 de ella,
sin estoicismos, sin falsos silencios, a tus pies con amante
 querella,

Te la muestre confiado, Dios mío, pudiendo decirme
que perdura el arranque primero, la voluntad firme,

que está entera la fe que me puso gozoso en tus brazos un
día,
que pudiendo escoger otra vez, otra vez solo a Ti escogería,

sólo a Ti, mi Dueño, sólo a Ti, Señor,
sólo a Ti, pisoteando dichoso por siempre todo humano
amor...

SEÑOR, NO SOY DIGNO

Oh Jesús que a mi puerta tierno llamas,
¿habré de recordarte lo que fuí?
No Te puedo engañar... mira a quién amas...
no Te fíes de mí...

¿Por qué? —No he de decirlo, que mi historia
sin hablar la entendemos ya los dos:
yo Te fallé como hombre, y fué tu gloria
perdonar como Dios.

¡Ah! no ignora tu mano que me hizo
de qué barro formó mi poquedad,
y el sentirlo tan pobre y quebradizo
conmueve tu piedad.

Tú lo olvidaste todo; — yo no puedo...
de mi pasado en mí vive el dolor...
¿Te lo diré, Dios mío? ¡me da miedo,
miedo de tanto amor!

Me abrumba la grandeza de tu oferta;
y al verte amante derrocharte así,
Te repito angustiado ante mi puerta:
¡no Te fíes de mí!



EN LA LUZ QUE SUBE



FADO

Esta noche es Noche buena
y no es noche de llorar;
¿qué será que mi alma llora
sin poderlo remediar?...

Llora lágrimas tan quedas
que nadie las ha de oír:
bien fino será quien logre
su secreto descubrir...

Sin alzar mis tristes ojos
verterlas quiero a tus pies,
que es consuelo a mi amargura
el pensar que Tú las ves...

DULCE DOLOR

¡Divina hazaña del Pastor feliz!
ya recobró a su oveja...
mas yo guardo la oculta cicatriz
que en silencio se queja;

y un hilito de sangre en renacer
de la herida se obstina:
es que la zarza en que iba a perecer
me ha dejado una espina.

Ella de tu ternura y mi maldad
es recuerdo sangriento;
¡ay! y icómo bendigo tu piedad
cada vez que la siento!

A LA DOLOROSA

Madre de las siete espadas,
la de los clavos y espinas,
la de pupilas cargadas
de hondas angustias divinas,

la del rostro demacrado
de palideces de cera,
la del corazón llagado
y convertido en hoguera,

la de los ojos hoy fijos
que se movieron un día,
la que miras a tus hijos
con silenciosa agonía.

¿cómo verte y no ser presa
de incontenible emoción?
—de parte a parte atraviesa
tu mirada el corazón;

y es una pregunta ansiosa
la que planteas en él:
«A tu Madre Dolorosa,
hijo mío, ¿has de ser fiel?»

—Ya escuchas cómo protesta
el corazón de esta duda,
y su sentida respuesta
es una lágrima muda,

mas que en su mudez Te clama
que de él Te debes fiar,
cuando ves que se derrama
palpitando ante tu altar.

TU MIRADA

A la Dolorosa

Lo más triste de tu imagen
no es la corona de espinas,
no son los cruentos clavos,
no son las siete cuchillas;
lo más triste son tus ojos
de lenta mirada fija,
lo más triste son tus ojos
con su ternura infinita...
tus ojos, Madre, tus ojos!
que parecen, cuando miran,
que siguen mirando siempre
a Jesús en su agonía;
dulces ojos de misterio,
que conturban y fascinan,
y en su silencio nos hablan
de una esperanza divina...

PIDIENDO LUZ

¿Ves cual sus tristes ojos abren los ciegos,
claridad por de fuera, tinieblas dentro?

Así Te miro,
y en tinieblas me quedo, Jesús, Dios mío.

¡La luz es tan hermosa! Sin ella el mundo
la lobreguez tendría de los sepulcros.

Y así los ciegos,
andando entre los vivos, parecen muertos.

También hay almas ciegas, cual flores lacias,
sin sol, que es el destello de tu mirada:

¡ah! también ellas
en su fúnebre noche parecen muertas.

Oyen de tu hermosura las maravillas,
y en vano abren los ojos por descubrirla...

y de ellos corren
lágrimas que Te dicen mudos dolores.

¡Oh Jesús, luz de vida! Tú eres el alba
que ilumina la noche de nuestras almas.

¡Ay! mi alma ciega
en su angustia da voces: ¡Haz que yo vea!

PIDIENDO FUERZAS

¡Permíteme, Señor, que Te repita
la queja de mi amarga lasitud!
Siento el alma tan lánguida y marchita...
¿quién le dará el valor que necesita?
Jesús, ¿quién sino Tú?

No quiero que, por verme dolorido,
me vayas de la cruz a descargar;
para llevarla, aliento es lo que pido,
¡aliento hasta la cumbre a que has subido!
¡aliento! nada más...

EL DIOS CELOSO

Dominus, zelotes nomen eius.

Exod. 34, 14.

¿Qué tengo en el alma
que la siento apretada y llorosa,
con un llanto que tiembla en mis párpados
y que al fin no brota?
¿qué tengo en el alma
que su angustia a los ojos me asoma?
—Es que escucha una voz que le infunde
vergüenza y congoja,
voz de padre que enérgico apremia,
que amante reprocha:
«¿Quién te engaña?, pregunta, ¿qué ansías?
¿qué amor te ilusiona?»
Y sin darme lugar ni a que busque
con que le responda,
—«¡Nuestro pacto!, repite, ¡Yo solo
con el alma sola!»

HUMILDE RESPUESTA

Ya lo comprendo,
despegarme quieres
el corazón;
me quieres solo
sin ningún arrimo
de otra ilusión.

Mas si me aíslas
con rigor que es obra
de tu piedad,
¿cómo Te ocultas
y también me dejas
en soledad?

AMOR INQUIETO

En el bosque fragante de abetos y de encinas,
envuelto en oleadas de nieblas matutinas,
caminaba en silencio, fijo el recuerdo en Ti;
lleno de la dulzura del pan divino diario,
llevándote en mi pecho como en vivo sagrario,
bastaba para oírte callar dentro de mí.

Y tu voz me decía con entrañables dejos:
«¿Qué sobresalto es ése? ¿quién te ha dicho que lejos
me perdí, cuando amante siempre a tu lado voy?
¡ciego que andas llorando soñadas desventuras!
—porque un tiempo cercene mis gustos y ternuras,
no es para que así llores, si al fin contigo estoy...»

Y respondía: «Es cierto; mas mi alma no resiste,
protestando en su angustia, desmejorada y triste,
que así vivir no puede, que has de dejarte ver...
que tu ausencia la punza con escozor de espina,
que tu adusto silencio lentamente la mina:
¡por algo eres, Bien mío, la vida de su ser!»

TU CÁLIZ

Al alcance de mis labios
pones la copa de hiel,
y con dulzura divina
me convidas a beber.
Sí, Bien mío, sin quejarme
por tu amor la beberé,
aunque con llanto en los ojos,
y aunque la beba sin sed.
Pura esencia de amargura
es el brevaje cruel,
mas por beber de tu mano,
bebiera absintio a placer.

ITA PATER!

En el silencio interior
en que hablo contigo a solas,
escucha, escucha, Señor,
los latidos de mi amor
al sentir que lo acrisolas.

Posible es que algún gemido
exhale bajo el flagelo,
y que, cual pájaro herido,
aletee dolorido
sin poder alzar el vuelo;

mas aunque íntimo aguijón
hasta dentro me taladre,
sólo oirás esta oración
brotarme del corazón:
ITA PATER!... ¡Así, Padre!...

así, puesto que es tu agrado,
así, por más que me hieras,
así... Constante a tu lado,
el corazón resignado
sólo dirá: Lo que quieras...

Pues si lo quieres, es justo
que también a mí me cuadre,
y aunque Te muestres adusto,
a trueque de darte gusto,
ITA PATER!... ¡Así, Padre!

Si alguna vez ya no puede
de desmayo el corazón,
y bajo la carga cede,
sin que ni aliento le quede
para afirmar su oblación,

entonces de Ti me fío
para que salgas por mí,
y aunque me veas sin brío,
en mi nombre, Jesús mío,
digas al Padre que sí...

que sí... que en mis hombros quiero
la cruz que carga mi Dios,
que hasta mi paso postrero
por su doliente sendero
he de subir de El en pos;

y que por participar
de su redención cruenta,
de mi cuerpo haciendo altar,
gota a gota he de apurar
el cáliz que me presenta.

Y así en amorosa unión
con el *fiat* de tu Madre,
no sabrá más oración
mi mansa resignación
que *ITA PATER!*... ¡Así, Padre!

DE CAMINO

En tu desvelo, alcance al fin me diste,
cuando de Ti, Jesús,
con mil recuerdos me alejaba triste,
camino de Enmaús.

Ya te siento a mi lado, oh Peregrino,
oculto Buen Pastor,
mas ¿qué será que a descifrar no atino
el ardid de tu amor?

¡Ay ciegos ojos de mirar inerte...
Te ven y no Te ven!
Sabiendo que eres TÚ, ¡que aún no acierte
a conocer mi bien!...

¡que yendo al lado tuyo no consiga
salga de Ti virtud
con que por fin se aplaque esta fatiga
de perenne inquietud!...

Querrás que espere humilde tus favores
en la fracción del pan...
Esperaré... mas ¡ay! no te demores,
¡que es muy grande mi afán!

MIRADA DE VIDA

Yo quisiera poner en mis labios
una dulce doliente plegaria,
yo quisiera decirte una angustia
que me ahoga el alma;
y a tus pies he venido tres veces,
y la voz se me ha muerto otras tantas:
Te siento tan lejos...
las fuerzas me faltan...
No es orgullo, Dios mío, es miseria,
es recelo, es vergüenza, es desgracia...
Ya mi tallo está seco... Y con todo;
si quisieras,... bien sabes que basta,
para verlo florido de nuevo,
el dejar que caiga
sobre mí de tus ojos dulcísimos
una sola divina mirada...

EL PERDÓN

Un frío de puñal, frío de muerte,
llevo en el corazón,
y sin alzar a verte
lloro de contrición.

¡Oh callada amargura de este llanto
que ahoga su gemir!
Nunca pensé que tanto
se pudiera sufrir...

Mas mientras me consumo bajo el peso
del horror de mi mal,
siento en la frente un beso:
tu perdón paternal.

Sobresaltado exclamo: «¡Ah! no soy digno..
¿Qué haces? ¿qué haces, Señor?»
Mas Tú, manso y benigno,
me miras con amor.

Y aunque tantas memorias infelices
Te opone mi esquivéz,
Tú tan sólo me dices:
«Sé más fiel otra vez...»

QUIZÁ PODRÉ SERVIRTE...

Estoy bajo el lagar... ¡alza tu mano
un poco, Señor mío!
mi flaqueza se rinde, si en la prueba
no me das un respiro.
Caña cascada soy: su tallo roto
no acabes de partirlo;
quizá podré servirte para alarde
de tu gran poderío,
para que sepa el mundo en qué transformas
al gusano más mísero,
a la nada más vil, cuando la sellas
con tu sello divino,
cuando hasta su ignorancia rebajándote
la enseñas por Ti mismo,
y a su impotencia brindas el apoyo
de tu brazo firmísimo,
cuando para escarmiento de soberbios
levantas al sencillo,
y haces de él instrumento en quien reveles
tu poder infinito.

VISITA AL SANTÍSIMO

En la oscura capilla,
como una estrella, brilla
la lámpara de amor;
en mi alma sola y triste,
a las sombras resiste
un último fulgor.

Amoroso reclamo
del secreto del Amo
oculto en el altar,
la luz parpadeante
le dice al visitante:
¡No le hagas esperar!

Guiado por su ruego,
luciérnaga, me llevo,
sigiloso, hasta Ti,
y es el brillo tan leve
que apenas si se atreve
a decirte: Heme aquí.

En la oscura capilla
sola una lamparilla
brillaba para Dios.
Mi luz es sólo un punto,
mas ya — mírame junto
a la otra — isomos dos!

DE VUELO

Como de gavián pasó tu sombra,
rápida por el suelo de mi alma;
y Te reconocí y estremecíme,
que es gloria el verte aun sólo de pasada,
aun sólo en sombra rápida.

UNA LÁGRIMA

Dulce Jesús de mi vida,
esa lágrima Te doy:
en ella va cuanto soy.

Al pie del altar estaba,
esperándote, Señor,
y al verte llegar, no pude
contener más mi emoción.
Miré, y al cerrar mis ojos,
una lágrima rodó,
y quedóse en la patena
toda temblando de amor.
Dulce Jesús de mi vida,
esa lágrima Te doy:
en ella va cuanto soy.

Dulce lágrima caída
en la presencia de Dios,
lágrima que Tú formaste
y que también formé yo:
Tú, poniendo la ternura,
yo, la humildad y el dolor,
Tú, pensando en tu hijo pródigo,
yo en mi Padre y su perdón.
Dulce Jesús de mi vida,
esa lágrima Te doy:
en ella va cuanto soy.

Si algo me dejas pedirte,
escucha mi petición:
que como prenda recibas
esa lágrima de amor,
prenda de la fe que entrambos
nos guardaremos los dos,
teniéndome Tú en el nido
de tu amante Corazón.
Dulce Jesús de mi vida,
esa lágrima Te doy:
en ella va cuanto soy.

EL CANTO DE LOS VOTOS

*De mis votos el tesoro
a Ti lo vengo a ofrendar:
¡oh Señora y Madre mía,
Tú me lo quieras guardar!*

Son las flores que ha cuidado
para Ti mi amor filial:
fueron gloria de mi huerto
y gala son de tu altar.

Se abrieron, fuentes de aroma,
en silencio y soledad,
al tibio calor que irradia
tu sonrisa maternal.

No han de ser flores de un día
como la flor de azahar;
mientras me dure la vida,
a tus plantas lucirán.

Ni las marchitaron soles,
ni las ajó el vendaval;
el mundo se antojó de ellas,
mas mi amor a Ti las da.

¿Cómo han de ser para el mundo
flores de mi huerto real?
A Ti Te doy mi obediencia,
mi pobreza y castidad.

Prendas de amor que perduran
más que la vida mortal...
Soñé con ser todo tuyo,
y todo tuyo soy ya.



ALTO EN LA VIA



TODO EN TI

*Ego sum lux mundi
Pacem meam do vobis
In finem dilexit*

Manos que en la tiniebla
palpan con inquietud,
gesto que se revuelve
en la penumbra azul
cuando tardía aurora
no se arrebola aún,
¿por qué dicha suspiran?
—Por un poco de luz.

Alma de hondas mareas
que, como hirviente mar,
aunque en la superficie
duerma, cruzada está
por dentro de corrientes
de incontenible afán,
¿Cómo acallar sus ímpetus?
—Con un poco de paz.

Corazón insaciable,
fuego devorador

que arde y no se consume
desde que en él prendió,
¿qué implora la vibrante
perpetua agitación
de su lengua de llama?
—Sólo un poco de amor.

¡Luz, paz y amor! del hombre
triple supremo bien,
ensueño de su vida,
descanso de su ser...
Todo ello, Jesús mío
en tus brazos lo hallé,
luz, paz y amor eternos
de un Dios que es Emmanuel.

RÁFAGA DE TERNURA

Qué me habías hablado
no recordaba,
pero tierna sentía,
muy tierna el alma:
y al verme así tan cerca
de tu sagrario,
lágrimas a los ojos
se me agolparon:
porque Te quiero,
porque Te quiero...

PASA EL AMADO

Pasa el Amado... mudo pasa
en el silencio de la noche.
La luz que esparce es tan escasa
que muero por desabroche
el arrebuñado capuz
 en que se emboza...
mas en la sombra que solloza
pasa el Amado sin dar luz
 en plena noche...

DE VUELTA EN LA BRECHA

Creí ser todo tuyo, y que en mí mismo
quedaba consumado el holocausto;
mas me conturbo ante el rebrote infausto,
que con vergüenza lloro, de egoísmo.

Ser todo tuyo... intimidad divina...
no son palabras, ni ficción o juego,
sino lucha interior que a sangre y fuego
se traba, y sólo con morir termina.

O muere el propio amor, o lenta y triste
se alarga de por vida la contienda,
hasta que el alma a costa suya entienda
que a tu exigencia en vano se resiste.

Ya me voy resignando ante el misterio
de este lento morir, y me conforta
la ilusión de tu amor. ¡Ah! ¡quema y corta,
entra con el cuchillo y el cauterio!

¡Entra y proclama tu victoria cierta!
—que tu piedad, Bien mío, me desarme:
no me dejes de nuevo recobrarne,
¡entra solo y tras Ti cierra la puerta!

SEGURO QUE VENDRÁS...

Toda ilusión, una tras otra, ha muerto,
y quedas solo Tú...
Lo digo, antes que en paz lo experimente,
por fe en tu plenitud,

No, no es aún la posesión entera,
confiada y sin temor,
la conquistada cumbre ya segura
de enemiga incursión;

no estás aún de asiento, ni a mi alcance
todo entregado a mí,
y en el mismo gozar de tu presencia
hay algo de febril.

¿Cuándo será la placidez en calma
del que, aunque no Te ve,
sabe en cada momento que tus ojos
no se desprenden de él?

No llega esa dulzura todavía...
y sin embargo ya,
¡ya, Señor!, ya te tiendo mis dos brazos,
seguro que vendrás...

TAMBIÉN EL ALMA...

Que en tu criatura, Señor,
nada contentarte pueda,
mientras, negándose toda,
no se entregue sin reserva,
es la exigencia más justa
de tu excelsitud suprema,
pues no cumple al Infinito
acoger parcial ofrenda.
Si Dios se inclina a la nada,
si Dios algo pide de ella,
sólo llegará a ser algo
la nada, dándose entera.

¿Misterio en esto?—Ninguno;
pero, sí, misterio hondísimo,
que a su vez también el alma
quiera entero al Infinito.
Cualquier vislumbre de Ti
debiera abrirle un abismo
de dicha, pues aun tu sombra
es luz de inefable hechizo;
y con todo no sosiego,
yo menguado gusanillo,
mientras puedo repetirte:
«¿Cuándo serás todo mío?»

AMANTE QUEJA

¿Nada valía el don? — Cierto, muy cierto...

Pero no vacilé:

me lo exigiste, y sin piedad mi huerto
por mi mano talé;

y esperé que a plantar en él vinieras

tu inmarcesible flor;

pero han pasado tantas primaveras,
y espero aún, Señor...

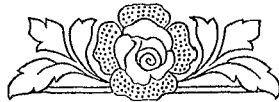
PRESENTIMIENTO

¡Oh! la siento venir, la prueba amarga,
y algo me dice ha de ser dura y larga...
Pero con tal que en ella me sostenga
tu amor indefectible, ¡venga, venga!

La temo y no la temo... ¡antes la ansío!
Sé que va a decidirse si eres mío,
si eres mío de veras y yo tuyo:
¡haz la prueba, Señor, no la rehuyo!

Y aunque en ella llegare a la agonía,
quiero saber si es tuya el alma mía,
tuya, Señor, sin duda ni reparo:
¡haz la prueba suprema, y quede en claro!

En tus manos estoy, de ellas me frío;
y si tiene que entrar el hierro en frío
dentro de mis entrañas, sé que el hierro
está en manos de un padre, y no me aterro.



NUBES EN EL CIELO



PRIMERAS RACHAS

Porque quieres sin duda que escarmiente,
y que en la soledad del propio abismo
aprenda lo que soy — nada impotente—,
me abandonas en manos de mí mismo...

¡En manos de mí mismo! Con espanto
la tortura entreveo que me espera...
Mas ¡ay! que tu rigor no sea tanto
que no acudas, mi Dios, antes que muera...

EL TURBIÓN

Penas hay tan secretas en nuestra vida,
con que sangra por dentro tan honda herida,
que el tiempo que remedía toda amargura
a ésta sola adormece, pero no cura.

Allí está..., muda, inmóvil, parece muerta,
mas al roce más leve ¡cómo despierta!

y ¡cómo en breve rato se apura a veces
las hieles de ese cáliz hasta las heces,
cuando en pérfido brote surgen, fundidos
en un duelo, los duelos de tiempos idos!

¡Ay, alma sin ventura, que en tu quebranto
ni siquiera el alivio tienes del llanto,
sino que concentrada sobre sí misma
en soledad inerte ciega se abisma!

...Mas sufre demasiado. Fuerza es que ceda.

—En brazos de Dios llora...

¡Dios siempre queda!

TRES VOCES

Sugeríame el mundo en mi amargura:
«Ríe y olvida...»; la soberbia: «Calla»;
y mi ángel: «Tienes Padre que te espera,
vuelve, infeliz, vuelve a su puerta y llama...»

ESTANCIAS

Lágrimas que a los ojos agolpadas inquietas
sin brotar os volvisteis al corazón llagado,
invisible fermento de amarguras secretas
que El solo endulzar puede, si es su divino agrado

fuera de El, nadie os vea, no busquéis más testigo,
ni el halago indiscreto de humano confidente;
sois protesta amorosa para el único amigo,
cuanto más resignada, tanto más elocuente.

*
* *

Al corazón herido ¿quién curarle presume?
La mano que le toca le hiere, aun la más fina;
no hay cosa que le alivie del mal que le consume,
sino sólo el contacto de tu mano divina.

Y por eso, Dios mío, con impaciencia espera
que llegue al fin el médico por quien solloza en vano.
¡Ay! ¡cuánto transeúnte que ni mira siquiera!
¿cuándo será que pases, oh Buen Samaritano?

*
* *

Ten piedad. No me dejes hundirme en este abismo
de cruel desamparo de la tierra y del cielo.
Sufrir solo... Tú solo — y en verdad ni Tú mismo,
que al fin pediste gracia de este postrer flagelo.

Habías mantenido silencio grave y triste
contra el rabioso embate de torturas y agravios;
mas ante el abandono del Padre Te rendiste,
y fué la queja única que salió de tus labios,

*
* *

No digas que no puedes, que es mengua de tu gracia
el que a reos convictos ampare y favorezca,
pues ¿qué es misericordia... —perdóname mi audacia—
sino compadecerte de quien no lo merezca?

Perdóname, decía, si es abuso este ruego,
que nadie me enseñara sino tu amor benigno.
Dijiste: «Venid todos», y por eso me llego,
—todos... no los más santos, no el que se crea digno...

*
* *

Cuando el remordimiento me amedrenta y me acosa,
y en mí mismo no hay prenda que tu rigor desarme,
¡qué dulce es acogerme con ansia temblorosa
a tus pies enclavados, mi Dios,... para esperarme!...

y mirar cómo, al riego de mi llanto en tus llagas,
tu sangre redentora reblandecida fluye,
y pensar que, a despecho de locuras aciagas,
seguro está el culpable de quien tu amor no huye...

*
* *

Fuéronse al fin las lágrimas que en vano contenía,
pensando cuántas veces desoí tu reclamo...
Tú con todo me dices que me amas todavía;
¿querrás aún creerme que todavía Te amo?

¿Querrás? o ¿ya Te suenan mis tardías protestas
a ofrecimientos fútiles de deudor insolvente?
¡No! que en tu amor de padre confianza aún me prestas,
y porque eres eterno, por eso eres paciente...

*
* *

¡Ay! ¡cuán poco Te basta, Señor, para abatirme
bajo un peso de angustia que el corazón quebranta!
y escoges una mano, por inconsciente firme,
para llagarme el pecho con crudeza que espanta.

Mas no... que en esa mano de golpe incompasivo,
sin dudarlo un momento, reconozco la tuya...
¡sí, la tuya!... No temas que me retraiga esquivo,
ni, si quieres herirme, que el castigo rehuya.

*
* *

No porque así descarnes mi corazón, me quejo,
aunque bajo el cuchillo la herida se resiente;
podré quedar atónito, podré quedar perplejo,
pero ¡ah! ¡cómo bendigo tu rigor providente!

Lágrimas en los ojos... lágrimas en el alma...
¡qué importa, dulce Dueño, si en mí tu amor domina!

Con el entero olvido vuelva la entera calma,
y básteme por todo tu sonrisa divina...

*
* *

No pude contenerme; brotó de pronto el llanto,
sólo unas pocas lágrimas de hastío y desconsuelo:
era como una nube que descarga; y en tanto
pasaste y me miraste, y aclaróseme el cielo.

A través de esas lágrimas Te ví, Sol de hermosura,
que formabas con ellas un iris de esperanza.
¡Qué pronto se deshace la noche más oscura,
con sólo que aparezcas en áurea lontananza!

SEQUÍA

En la taza de la fuente
el agua no corre ya,
en torno violas y lirios
todos marchitos están.

Es que, sin saberse cómo,
se ha secado el manantial:
la roca de que surtía
negrea con hosquedad.

Y al ver así mustio y muerto
el vergel antes feraz,
pienso ¡ay! en otros vergeles
que has dejado de regar.

EXPECTACIÓN

Vacío del alma,
silencio del cielo,
ansiedad sin queja,
suspensión y duelo.
¿Es prueba? ¿es castigo?
¿pasará dejando
la huella invisible
del «céfiro blando»?
¿o es seco levante
que enerva y que mata?
¿quién de estas preguntas
el nudo desata?
Pendiente está de ellas
la vida o la muerte—
el alma entre tanto
a la mira, inerte...

¿A QUIÉN IRÁ?

Señor, cuando el alma flaquea
sin poder sufrirse de hastío,
cuando la abrume y señorea
negra sensación de vacío;

cuando, herida de desaliento
por tan largo bregar inútil,
halla frío todo argumento,
siente todo consuelo fútil;

cuando en su doliente atonía
ya no intenta más reacciones,
muerto el resorte y energía,
muertas en flor las ilusiones;

cuando ya no encuentra en lo humano
ni nada con que se rehaga,
ni nadie que le dé la mano,—
¿a quien irá a mostrar su llaga?

¿a quién, cuando su mal requiere,
no tanto la voz que sacude,
cuanto amor con que recupere
la vida muerta? ¿a quién acude,

sino a Ti que prestas oído
a las pobres almas marchitas,
a Ti que das pies al tullido,
a Ti que al muerto resucitas?

POR PIEDAD PURA

De mi alma, como de arco destemplado
la flecha ya no brota:
siento que el nervio vivo está pasmado
la fibra interna rota.

Disparar quiero mi oración, y el vuelo
a poco andar doblega,—
queja desfallecida que hasta el cielo
con su clamor no llega—.

Ya mi única esperanza es... que no esperes
que a Ti mi voz alcance,
y de gracia, mi Dios, por ser quien eres
me libres de este trance.

INSINUACIÓN

¡Oh la luz de tu mirada!
¡oh la paz de tu sonrisa!
¡cuán borrosas las divisa
mi pobre alma acongojada
pero amorosa y sumisa!

Recuerda, y no desespera:
conoce tu Corazón,
ni es ésta la vez primera
en que tu actitud severa
acaba en manso perdón...

ESPERANDO

¡Oh mi noche interior, endrino velo,
sin una estrella en la extensión del cielo!

Impasible, silente, en mí se afianza
la sombra... y de la aurora, ni esperanza...

¿Hasta cuándo? ¿hasta cuándo? — Dolorido
a Ti de esta oración sube el gemido.

No hay más sol que en mi vida se levante
sino Tú, sólo Tú, divino Amante;

y acecha, hasta que surjas, mi desmayo
en el negro horizonte el primer rayo...

¿Logra acaso el enfermo en su agonía,
a fuerza de gemir, que nazca el día?

¿Qué hará sino esperar?— ¡También espero!
¿cuándo saldrás, consolador lucero?

TRAVESÍA NOCTURNA

Ansia del navegante que el mareo aniquila,
ansia que crece al ritmo de la nave que oscila,
ansia desesperada por la playa tranquila...

¿Por qué sueña en alivio? — ningún alivio cabe,
y es fuerza que su angustia por momentos se agrave,
mientras el alboroto de las olas no acabe;

mientras no entre el navío por la quietud serena
del puerto que en sus aguas al temporal enfrena,
y el infeliz no asiente su pie sobre la arena.

¡Ay! mareo del alma que también busca el puerto...
dolorosa agonía cuando el sentido yerto
la lobreguez escruta del horizonte incierto,

y ni vislumbra tierra, ni atisba en lontananza
la lucecilla al menos que a transmitir alcanza
en la noche el mensaje primero de esperanza.

¡Corazón adorado, faro resplandeciente,
sólo un rayito imploro de luz intermitente
mientras dura la brega con el mar inclemente!

PRUEBA SUPREMA

De vuelta hacia la casa de mi Padre,
de vuelta de muy lejos,
mi angustia en el camino era decirme:
«¿Y cómo me presento?
No es que me cueste confesar mi culpa,
no es que un brote soberbio
siga tenaz en mí: ya todo orgullo
toda altivez han muerto;
es que ni para hablar me quedan ánimos,
ni su mirada a resistir me atrevo...»

Al fin llegué a la puerta de mi Padre,
escuálido, deshecho.
Llegué... — mas ¡ay! qué golpe me esperaba
cual no pude preverlo,
golpe que me ha dejado sin sentido:
icerrada me la encuentro!...
icerrada!... y nadie en el umbral... y en torno,
en el mortal silencio
nadie para avisar que el triste pródigo
acaba de llegar y está muriendo...

Cerrada hallé la puerta de mi Padre.
Sobre el umbral desierto
me postré sin decir una palabra,
porque sé que está dentro:
sé que está dentro, sí, que de propósito
se ha negado a mi ruego;

y, mientras quiera, es justo sobrelleve
sus enojos... ¡qué menos!
—Pero al fin es mi Padre y soy su hijo...
y aun transido de horror no desespero.

¡HASTA ESO NO!

¿No me quieres hablar, Dios de mi vida?
¿no quieres ni mirarme en la congoja
con que clamo hacia Ti?
¿cómo ha de revivir mi alma abatida,
si al menos no me dices qué Te enoja
para callarte así?

¡Oh silencio cruel! ¡oh desconsuelo!
Y si hablas, ha de ser para el reproche
y el rigor paternal...
Mas aunque avives mi punzante duelo,
¡háblame... y no me dejes en la noche
de esta angustia mortal!

PLEGARIA DEL AMOR SUFRIDO

Siento que se aletarga
en su dolor callado, mustio sueño,
todo mi ser... ¡qué larga
la noche en que Te ocultas, dulce Dueño!
Y al fin se alza, buscando tu acogida,
mi honda desolación:
¡Vivir sin Ti no es vida!...
¡necesita de Ti mi corazón!...

Necesita de Ti... ¡Sus mansas quejas
sin rebelde amargura
a tus puertas, llamándote, murmura:
«Señor... ¿por qué Te alejas?
¿por qué? ¿por qué Te vas?
tu dolorosa ausencia ¡cómo dura!
y en la miseria en que al partir me dejas,
solo... no puedo más...»

¡No puedo más!... Amante compasivo,
¿y no sabes que vivo
de tu diaria limosna y sólo de ella?
Ah! no es lloro de niño; es la querrela
del hambre que me acosa,
hambre de Ti...
¡De tu silencio alza, Señor, la losa!
¡vuelve, Jesús, a quien Te llama así!

PLEGARIA DE PROPICIACIÓN

Ne sis Tu mihi formidini!

Jerem. 17. 17.

De tu Profeta, Dios mío,
aprendí yo esta oración;
súfreme, pues, que Te diga
«¡No me des miedo, Señor!»

¡No me acongojes! — Bastante
ya sin eso es mi aflicción...
¡No me abrumes! — Que es tu ausencia
muy suficiente dolor...

¡Cuando me hables, no me espante
voz de juez, airada voz,
pues sólo con tu silencio
sin vida y aliento estoy!...

PLEGARIA DEL AMOR HUMILDE

¡Abreme tu pecho!
No tengo derecho
para tal ventura, Señor, bien lo sé...
¡Abreme tu pecho — Tú sabes por qué!...

Sin que nada pida,
Tú sabes la vida
que cuando Te alejas llevo yo sin Ti:
sabes que no puedo vivir mucho así...

Pudiera aturdirme,
pudiera fingirme
sereno y altivo; pero ¿dónde iría
con esas locuras? ¡Vente, vida mía!

Mi vida Te llamo,
que hace tiempo no amo
con amor del alma sino sólo a Ti...
—Yo nada Te oculto; sabes que es así.

A veces me ciego;
y aun entonces, luego,
muy luego es la vuelta, llorando como hoy:
¡Abreme tu pecho, que muriendo estoy!

¡Abreme! — no exijo,
es llanto de hijo,
es hambre de pobre que a tu puerta implora...
¡Abreme tu pecho... todavía es hora!

MATER MISERICORDIAE

¡Madre! no me resigno...
no es posible que espere hasta ser digno...
¡hasta cuándo sería!
Tal como estoy a tu piedad acudo,
y más Te dice mi sollozo mudo
que cuanto mi oración decir podría...

Ni ¿qué oración mejor que la amargura
con que en silencio apura
mi alma la humillación de su impotencia?
Quiere elevarse a Ti, y algo la embota;
quiere volar, y siente el ala rota,
y palpita convulsa en tu presencia.

A su miseria inclina
tu mirada de amor, que paz divina
siembra donde se posa...
y aunque la angustia el pecho me taladre,
sé que no he morir, pues tengo madre,
¡mi madre Dolorosa!

CONSOLATRIX AFFLICTORUM

A tus pies me has traído a que llore...
¡qué falta me hacían, oh Madre, esas lágrimas!
pues cargado de mudas tristezas,
tan largo silencio mi pecho agobiaba...

Me has traído a que llore en tus brazos,
¡oh dulce, oh benigna que entiendes de lástimas,
como madre que al niño pequeño
caído y lloroso del suelo levanta!

Y al oír de tu voz el arrullo
que tierno repite: «No es nada, no es nada»,
yo sentía las cálidas gotas,
a pocos suspensas, secarse en mi cara.

DUDANDO AÚN

¿Eres Tú?... lo que siento dentro de mis entrañas
¿no es el pulso amoroso de tu toque divino?
—¡El es!... y mientras blando mis heridas restañas,
en el pecho me enciendes unas ansias extrañas
de arrojarme en tus brazos que a tientas adivino...

REDIVIVO

¡Inefable dulzura de tu voz conocida,
que tras largo silencio de nuevo me despierta!
¡Ah no! mi alma infeliz no estaba muerta,
ni era fatal la herida,
aunque sangrase abierta...
y al punto que has hablado, ¡ves! renace a la vida...



MADURANDO AL SOL



PASADA LA PRUEBA

Tibi dixit cor meum...

Ps. 25, 8

Te dice el corazón: ¡A Ti ha buscado
mi rostro! ¡a Ti, Señor!
¡mi rostro al tuyo, Amado,
al tuyo que es ensueño de mi amor!

Te has ablandado al fin... no me desechas...
¡Es tan dulce pensar:
Las paces están hechas,
ya puedo verte al rostro sin temblar!

Ya se ha desvanecido el hondo ceño
del que espantado huí...
Ya me miras risueño,
y de dicha sollozo al verte así...

Y Te habla el corazón: ¡A Ti ha buscado
mi rostro! ¡a Ti, Señor!
¡mi rostro al tuyo, Amado,
al tuyo que es ensueño de mi amor!

VELO TRANSPARENTE

¡Ay cortina
que palpitas!

Cortina del tabernáculo
¿qué me escondes? Por más rígida
que tus recamos de plata
te pongan, el que se fija
percibe que te estremeces
como si estuvieras viva...

¡Ay cortina
que palpitas!

¿Qué me escondes? ¿Por ventura
no está bastante escondida
la hostia blanca que en silencio
dentro del copón dormita
en la mudez e impotencia
de sacrificada víctima?...

¡Ay cortina
que palpitas!

—¡No quieres ocultar nada!
Al contrario, tú me avisas,
piadosa hermana gemela
de la ardiente lamparilla,
que allí descansa el Amado
que desde allí vela y mira...

¡Ay cortina
que palpitas!

y espera allí largas horas
que sus confidencias íntimas
vayan a hacerle las almas
en reposada visita,
sin que estorbe el tenue velo
que se entrecruzan dulcísimas
la voz que tierna responde
a la que amante suplica.

¡Ay cortina
que palpitas!

DESDE LA CUSTODIA

Dios en el viril
en cuerpo gentil.

¿Por qué dices que te ocultas,
si eso no es ocultar nada...
si esa blancura refulge
cual sol entre leves gasas
de un cielo turbio de Abril?

Anda el sol en el viril...

y tan diáfano es el velo,
que ver al través tus gracias
es como mirar el disco
del sol por una ventana
con celajes de esmeril,

el sol en cuerpo gentil...

Si es que enamorar pretendes
con esas divinas mañas,
sin dejarte ver del todo
y mostrando cuanto basta
para un hechizo sutil,

asomado en el viril,

sabe que has ganado el juego,
y que me tienes el alma

cautiva de tus encantos
que el velo de pan realza,
cuando en el sol del viril
andas en cuerpo gentil.

VIERNES SANTO

El templo vacío,
el sagrario abierto...
Todo está tan frío
en el mudo ambiente,
que al punto se siente
que alguno se ha muerto...

Sólo un Cristo grande
los brazos expande,
del leño colgado;
la frente caída
despidió a la vida,
y reciente herida
sangra en el costado.

Ya está consumado...
y hondo desconcierto
por el pecho cunde;
llora el corazón
porque Dios ha muerto:
el sagrario abierto
le oprime y le infunde
su desolación.

¡Cómo siento el frío,
Señor, de tu ausencia!
Torno a mi querencia
con amor natío,

y al hallar vacío
tu sagrario abierto,
murmuro llorando:
«Señor, ¿hasta cuándo?
que sin Ti no acierto
a vivir ni un día...
¡Oh mi Eucaristía!
mudo y solitario
Te espera el sagrario...
¡vuelve, vida mía!

PRISIONERO

Cada vez que abro el sagrario
me da un salto el corazón,
que es ahondar en el misterio
ver por dentro tu prisión.

Porque es prisión verdadera
en su helada desnudez:
¡qué importa que de brocado
esté forrada tal vez!

En ella no Te acompaña
ningún ser vivo jamás;
desde fuera hablan contigo
pero bajo llave estás.

Dentro, ni luz ni murmullo,
ni la más leve moción;
inmóvil como en la muerte
reparas en el copón.

Al mandar del carcelero,
ya Te encierre, ya Te dé
breve salida, Te allanas
sin preguntarle por qué.

Es la impotencia absoluta:
no cabría más quietud
o más silencio, si fuera
tu sagrario un ataúd...

Así pensaba esta noche
al tiempo de reservar,
y en lo más hondo sentía
una protesta brotar:

«Parece que algo divino
debiera clamar aquí...
¿cómo es que la voz Le falta?
¿será que Él lo quiere así?

¿Será que en dobladas sombras
se oculta al ojo que ve?»
—Mas para el alma que escucha
clara es la voz de la fe.

Pues al fin ¿qué es tu silencio
sino un perpetuo clamor
que dice: «¡Ved el abismo
a que Dios baja en su amor!»

TU REFLEJO

Te he visto en la mirada de un niño de cinco años,
que hablaba ante el sagrario, como hablarte a Ti mismo:
reía en sus ojuelos con candores extraños
en toda su frescura la fe de su bautismo.

Te he visto en la mirada de un joven generoso,
tan intacto a los veinte, como un niño, y más bello:
iqué limpia su pupila de fulgor victoriosos!
y en ella ¡cuán patente tu inconfundible sello!

Te he visto en la mirada de un varón, que en la vida
probó mil amarguras, y en todas Te bendijo;
de ninguna guardaba señal, pues cada herida
se la hiciste cual padre, y él la sufrió cual hijo.

Te he visto en la mirada de un viejo moribundo
que escuchaba los pasos con que la muerte avanza;
y en sus ojos moría la luz fugaz del mundo,
pero apuntaba un rayo de inmortal esperanza.

Fe, pudor, valentía, confianza ultraterrena,
todo lo que en el niño, joven, varón o viejo
es luz que transfigura y enaltece y serena,
todo... de tus fulgores, oh Cristo, es el reflejo.

TRÍPTICO SACERDOTAL

Yo dije: «Este es mi cuerpo», y el cuerpo no fué el mío;
«mi sangre», y en el cáliz tu sangre apareció...
¡Señor, me abisma el verte sujeto a mi albedrío,
y más, sentir que puedo decir sin desvarío
que «en mí Tú eres quien vives, que ya no vivo yo»!

*
* *

«Yo te absuelvo»... Hoy mis labios—hoy por la vez primera—
dijeron las palabras que sólo dices Tú;
e inefable dulzura de mi alma se apodera,
viendo cumplido el sueño que pareció quimera
de ser uno contigo, de hablar... y ser Jesús...

*
* *

Triunfaste. Fué mi dicha ser instrumento tuyo:
por mis labios indignos Te escucharon hablar.
¡Sol que hiendes las nubes, has querido brillar
a través de mis sombras, y yo Te restituyo
tu gloria—sin rapaña—, divino luminar!

EL POEMA DE LA GRAN PROMESA

¿Cuándo fué que en tu pecho de hombre, divino Amador,
fulguró el ensueño de la Eucaristía?

¿No sería el latido inicial, el brote primero que en él florecía?

Desde que nos viste, sangre de tu sangre, huesos de tus
huesos,

cuando bajaste del solio de gloria a la cárcel maldita del
mundo a librar a sus presos,

y en su frente advertiste la huella borrosa del Padre, resto
profanado de su semejanza,

se Te fué el corazón hacia ellos, como quien a su amor esen-
cial se abalanza.

La cárcel del mundo se Te hizo arrabal necesario del cielo:
en la altura tu Padre... aquí tus hermanos... doble imán en
la gloria y el suelo...

Mas desde las sombras do empiezan los siglos trazado tenías
lo inimaginable:

partir sin partirte, al hombre quitar tu presencia y guardar-
le tu amor invariable...

*
* *

Infante en el seno, niño en el pesebre, desde el primer paso
al pisar nuestra senda de espinas,

con soñar tu quedada en la tierra, sentías calmarse tus pe-
nas divinas.

Y ¡cómo pugnaba por brotar gozoso el secreto estupendo, el misterio, misterio de amor!

—Cuando, niño, partías el pan con María y José, ¿no había en tus dedos extraño temblor?

Y cuando en el yermo brotaban tus manos a miles los panes y peces, ¿no soñabas, Señor, en las hostias, pan multiplicado millones de veces?

Escrutaban entonces tus ojos los semblantes hartos de la muchedumbre, acechando una prenda, un fulgor—de la fe la radiante vislumbre...

Y eran ojos opacos, terrenos, carnales, de pupila inerte... Pero más que tu angustia al mirarlos, pudo en Ti la ilusión de dar vida a esa muerte.

Y aun a riesgo de echar margaritas a inmunda caterva, dejaste escapar tu secreto divino, lo dejaste escapar... ¡pobre amor a merced de ese vulgo mezquino!

*
**

¡Oh Cafarnaúm! ¡oh sermón profético! Con la voz más profunda y más tierna:

«No busquéis—les decías—manjar que perece; buscad el que os lleve a la vida eterna,

el que el Hijo del hombre os dará; que en verdad os digo, pan del cielo no es

el maná del desierto llovido del aire que os daba Moisés.

Mas mi Padre con pan verdadero del cielo os convida,
pan de Dios que del cielo descende y al mundo da vida».

Obcecados, soñando en harturas, decían: «Señor, danos
siempre ese pan...»

Y Tú les dijiste: «Pan de vida soy; los que lloran y ham-
brientos están,
si a Mí vienen se sacian, y el sediento si cree, de su sed
morir siente el afán.

Yo soy pan de vida. El maná no salvó de la muerte a quien
de él se nutriera;
mas éste es el pan que baja del cielo, porque quien lo coma
se salve y no muera.

Yo soy el pan vivo: quien lo come halla en él de la vida el
renuevo fecundo;
y el pan que daré carne mía será para vida del mundo.

Quien come mi carne, quien bebe mi sangre, yo le vuelvo a
la vida en el día postrero,
que mi sangre en verdad es bebida, y mi carne es manjar
verdadero».

Y con voz que se extingue como ola al romperse en la roca
con ansia doliente.
repetías por última vez: «El que come este pan vivirá eter-
namente».

*
* *

No entendieron las turbas, Señor, y aun discípulos tuyos
volvieron el rostro,
Pero sigue tu voz resonando por siglos; y al oírla, a tus plan-
tas me postro,

me postro y Te adoro y bendigo, porque en ella la miel sa-
boreo de toda dulzura,
porque en ella y por ella es mi vida verdad, en que arraiga
la dicha y perdura.

En esta promesa de tu Eucaristía, hallo al fin la razón de
mi ser;
en ella comprendo a qué blanco apuntaba tu amor cuando
me hizo nacer;

y por qué me pusiste en el alma espontáneos divinos anhe-
los,
que en el aire del mundo se ahogan, y el natío impulso sien-
ten de otros vuelos;

y por qué en mi pecho, todo amor, si es humano, se agría,
—porque así has querido que halle mis encantos sólo en
Ti, Jesús, en tu Eucaristía!

¡Plenitud divina! ¡déjame que me pare a sondear esta dicha
sin quiebra ni engaños!
¿No Te hospedas en mí cada día ya más de treinta años?

Y día tras día ¿no estoy yo viviendo, oh Jesús, de tu diaria
venida?

¡En verdad que tu cuerpo es manjar, y en verdad que tu
sangre es bebida!

¡Unión sin ruptura! ¿Cómo desasirnos, si vives en mí?
y es la hostia divina, mi comida diaria, la que logra trabar-
nos así:

tantas veces entraron tu cuerpo y tu sangre en mi carne,
que ella Te ha embebido: lleno estoy de Ti!

Yo miseria viva, foco de pecados, yo tiesto de tierra de ruina-
dad notoria,
guardo en mí tu divina simiente, que a vida inmortal reto-
ñe en la gloria...

Y aun más... mucho más... (pues sin Ti ¿qué fuera ni el
empíreo mismo?)

¡por la Eucaristía empiezo ya en vida a sumirme y perder-
me en tu abismo!...

¡Oh Dios! ¡oh mi vida! ¡oh todas mis cosas! soñando en las
almas, tu ensueño de amor fué la Eucaristía:

¡Las almas, las almas!—por qué las querrás, no lo sé—¡pero
al menos ya tienes la mía!

CONSAGRACIÓN

¡En mis manos Te tengo, Jesús, Hostia divina!
en mis manos... yo a Tí...
y me estremezco todo, pensando cómo puedes
anonadarte así...

Porque eres Tú... Te miro con tranquila evidencia
—¡oh encanto de mi fe!—
¿Cómo dudar podría, si del cielo a la hostia
yo mismo Te llamé?

De mis labios salieron las místicas palabras
que Te hicieron bajar;
y obediente a tu siervo, Dios mío, entre mis manos
naciste en el altar...

Por ser tu sacerdote—¡oh amor y dicha mía!
Te he dado cuanto soy;
y al tenerte en mis manos cada mañana, pienso:
¡qué bien pagado estoy!

ELEVACIÓN

Las sílabas postreras pronunciadas están:
«Este es el cuerpo mío»... La hostia ya no es pan.

Y mis labios murmuran al alzarla: «¡Mi Dios!»,
y se me van los ojos de las manos en pos.

Elevo luego el cáliz: «¡Sangre! ¡sangre divina!»,
y siento que a mirarla Dios eterno se inclina,

el Padre y el Espíritu que en mi mano están viendo
al Hijo que en la hostia y en el cáliz les tiendo.

AROMA DIVINO

Jesús, cuando me vuelvo a mi pasado,
siento que de él como un perfume brota,
y no entiendo de dónde, ánfora rota,
mi vida esta dulzura haya guardado.

Es el rastro, Señor, de tu presencia,
que lo percibo ahora a la distancia;
cuando estuvimos juntos, su fragancia
no se dejó sentir de mi inconsciencia...

Años de soledad y de amargura
consumiéronme en lentas agonías,
y, a mis ojos oculto, adormecías
sobre tu pecho amante mi tortura.

Y ahora que me vuelvo a mi pasado,
siento un perfume, suavidad remota;
y ya entiendo, Señor, de dónde brota:
de que tuve mi frente en tu costado.

DEL ORTO AL OCASO

Tú fuiste la mañana, cuando del sol que sube
se expande el haz de rayos por un cielo sin nube.
Tú fuiste el mediodía de la quietud serena,
cuando la vida calla porque se siente plena.
Y Tú eres, Amor mío, la lumbre que atardece
y el silencio en que dulce la esperanza florece.

VELANDO TU SUEÑO

¡Cuánto tiempo has callado! ¿qué será que no llora
como antes impaciente mi alma por tu desvío?
¡Ah! no es que no me angustie tu silencio... es que ahora
ya sé que, aunque Te calles, nunca Te vas, Bien mío.

Ya sé que en lo más hondo de mi alma un puesto tienes
adonde ni a mí mismo permites que Te siga;
y sé que no es enojo, sé que no son desdenes,
que sólo estás durmiendo y es mucha tu fatiga.

¡Dentro estás! —eso basta; nada pido ni quiero,
ni importa ya que calles... ¡duerme, duerme tranquilo!
Con tal que así Te tenga de mi amor prisionero,
mientras tu sueño dure, yo a la puerta vigilo.

SONDEANDO EL AMOR

¡Oh, cómo caigo en tus brazos,
y cómo al fin me convengo
que es mayor que parecía
el ciego amor que Te tengo,
mayor de lo que yo mismo
creí jamás, pues es cierto,
Bien mío, que eres el único
con quien en la vida cuento,
mi única dicha,
y único centro
de cuanto bulle
dentro en mi pecho!

Y aun los mismos desvaríos
de mis torvos desconsuelos,
cuando tal vez en mis sombras
a solas me desespero,
no son sino faz distinta
del mismo exclusivo afecto
que se desborda en ternuras,
cuando iluminas mi cielo,
isol de mi vida,
cálido ensueño,
fuente de gracia,
brote de aliento!

¡Ah! Te amo, Jesús divino,
y si dudarlo yo puedo,

porque a veces tal me pongo
que a mí mismo no me entiendo,
pero Tú dudar no puedes,
que lees como en libro abierto
en mi corazón herido
con tu amor y tu recuerdo,
 huella imborrable,
 vívido sello
 en mis entrañas
 grabado a fuego...

MEDITACIÓN

Esta tarde, a la hora de más silente calma,
muy junto al tabernáculo, sola contigo el alma,
en amante coloquio de intimidad divina,
Te hablaba en la penumbra de la luz que declina:

«¡Cómo, frente al sagrario, percibo tu presencia!...
Si Te viese, ni un punto creciera mi evidencia...
Me ves Tú... no Te veo, no Te he visto jamás...
pero Te amo, Dios mío, porque sé que allí estás...
¡lo sé, lo sé!... ¡lo creo!»

Y un silencio se alarga
en el que una dulzura deliciosa me embarga
al poder repetirme: «Mi Dios, mi bien, mi todo
está allí...»—No es posible que sea de otro modo,
si esta fe compenetra lo íntimo de mi ser
y es algo que, aunque quiera, no puedo deshacer...

Y hundida entre las manos la cabeza, me pierdo
por la senda de flores y espinas del recuerdo,
reviviendo la historia de tu amor en mi vida.
Y pienso: «¿No han cruzado por ella, cual perdida
bandada migratoria, cariños y ternuras,
primaverales ráfagas de inexpertas dulzuras?
...¿Qué fué de todas ellas?—Un soplo las deshizo...
una tras otra todas han perdido su hechizo...
Todos esos cariños, inocentes y vanos,
fueron flores de almendro que los cierzos tempranos

deshojan... tenue música que apaga la distancia...
pebeteros extintos, cenizas sin fragancia
que renuevo ya en vano... Las fibras del afecto
se quedan insensibles, y el vacío es perfecto...
Sin amargor lo digo...»

Y aquí me sobresalta
un ímpetu que grita: «¡Mas no! inada me falta!
En el vacío humano pujante ha florecido
la plenitud divina!... Y en el fondo del nido
del corazón descubro, donde nada se mueve,
un amor que en la sombra ni el murmullo más leve
despierta en su pausado pudoroso latir:
tu amor, Jesús, el tuyo que no puede morir!—
sin los requiebros de antes, sin nada apasionado,
pero el mismo de siempre, más hondo y reposado,
con algo más intrínseco de una fuerza inefable,
algo que el alma siente vivo e irremplazable...
Cuanto amor ha querido con inquieta porfía
disputarle un momento su excelsa primacía,
todos se han hecho humo, y el tuyo en su quietud
solo ha sobrevivido por su propia virtud...
Tanto que, si quisiese desasirlo de allí,
ya no pudiera.. ¿Acaso depende ya de mí
ni suplirlo con otro ni aun quedarme sin nada?..»

¡Cómo comprendo ahora que es ya parte sagrada,
parte viva, integrantè y esencial de mi ser!
Tú mismo lo infundiste, Señor, sin yo saber
ni cuándo Te adueñaste del corazón, ni cómo;
y el dominio que ahora tienes en mí, lo tomo

como viviente prueba de que mi alto destino
será un día perderme dentro del mar divino
de una dicha sin límite ni término jamás...
¡Oh trueque inconcebible!... yo me doy, Tú Te das,
yo Te entrego mi nada, Tú me abres el abismo
de un amor que no es otro, Señor, que tu ser mismo,
y en ese abismo eterno de la infinita hartura
quieres que se sumerja tu pobre criatura...

¡Ah! ¡me quieres por tuyo para ser mío un día!
Marchitaste en mi pecho la ternura baldía
de la ilusión humana, para hacerme capaz
de otra dicha más honda, la dicha de tu paz,
la que dentro del alma sus raíces interna
y es preludio certero de la gran paz eterna.
Yo me di, Tú Te has dado... Cada vez que a Ti vengo
percibo en lo más íntimo que es cierto que Te tengo
sin que de nada quede ni ilusión ni ansiedad...
¡Toma, Señor, recibe toda mi libertad!
Cuanto soy y poseo, todo, Señor, es tuyo;
a Ti, mi bien divino, todo lo restituyo,
y la perfecta dicha con que el alma se sacia,
la tendré si me llenas de tu amor y tu gracia...»

¿Cuánto se alargaría la exultante efusión?
no recuerdo. En mis labios expiró la oración
cuando ya de la noche la sombra misteriosa
pesaba sobre el templo. Fulgía temblorosa
la luz de tu sagrario con más vivo esplendor,
símbolo de mi dicha, símbolo de mi amor...



INDICE

Al Lector.....	9
----------------	---

AL CLAROR DEL ALBA

Preludio.....	17
Protesta.....	18
En marcha.....	19
El pacto.....	20
La Voz que llama.....	22
El adiós.....	24
Años después.....	25
Señor, no soy digno.....	27

EN LA LUZ QUE SUBE

Fado.....	31
Dulce dolor.....	32
A la Dolorosa.....	33
Tu mirada.....	35
Pidiendo luz.....	36
Pidiendo fuerzas.....	37
El Dios celoso.....	38
Humilde respuesta.....	39
Amor inquieto.....	40
Tu cáliz.....	41
ITA PATER!.....	42
De camino.....	44
Mirada de vida.....	45
El perdón.....	46
Quizá podré servirte.....	47
Visita al Santísimo.....	48
De vuelo.....	49
Una lágrima.....	50
El canto de los votos.....	52

ALTO EN LA VÍA

Todo en Ti.....	57
Ráfaga de ternura	59
Pasa el Amado.....	60
De vuelta en la brecha	61
Seguro que vendrás.....	62
También el alma.....	63
Amante queja	64
Presentimiento	65

NUBES EN EL CIELO

Primeras rachas.....	69
El turbión	70
Tres voces	71
Estancias	72
Sequía.....	76
Expectación.....	77
¿A quién irá?.....	78
Por piedad pura.....	79
Insinuación	80
Esperando	81
Travesía nocturna.....	82
Prueba suprema	83
¡Hasta eso no!.....	85
Plegaria del amor sufrido.....	86
Plegaria de propiciación.....	87
Plegaria del amor humilde.....	88
MATER MISERICORDIAE.....	89
CONSOLATRIX AFFLICTORUM.....	90
Dudando aún.....	91
Redivivo.....	92

MADURANDO AL SOL

Pasada la prueba.....	95
Velo transparente	96

Desde la custodia.....	98
Viernes santo.....	100
Prisionero.....	102
Tu reflejo.....	104
Tríptico sacerdotal.....	105
El poema de la gran promesa.....	106
Consagración.....	111
Elevación.....	112
Aroma divino.....	113
Del orto al ocaso.....	114
Velando tu sueño.....	115
Sondeando el amor.....	116
Meditación.....	118
INDICE.....	123



Acabóse de imprimir
el 17 de Agosto
de 1938.

